



DIARIO AS

¡Vamos carajo, que sí se puede!

País Vinotinto

Héctor Escandell*

El primer recuerdo que tengo de La Vinotinto fue una derrota contra Colombia. Tenía seis años y el partido fue en Barinas. Gracias a Youtube, de vez en cuando refresco la memoria y revivo el flechazo que me amarró a una ilusión que sigue viva; veinticinco años después sigo llorando como lo hice aquel día. Inexplicablemente. Venezuela es un acto de fe. Su fútbol sigue siendo una esperanza que, de a ratos, se hace realidad.

Aquel día perdimos 2x1 en el viejo estadio de La Carolina. Colombia era una realidad avasallante, sus jugadores lucían invencibles. Lo eran. Atropellaron a Argentina en Buenos Aires

0x5 y recorrieron medio mundo antes del mundial de Estados Unidos. La épica de aquella Colombia se estrelló con la mala suerte y quizás, con su propia soberbia. Para los colombianos su selección era agüita fresca en medio de la violencia, el narco-tráfico y las guerrillas que andaban en pleno apogeo. Para las mafias era un asunto de plata, de apuesta y muerte. Lo comprobamos con el asesinato de Andrés Escobar. Aunque para la mayoría del país, “la selección de fútbol siempre ha representado la ilusión de una sociedad mejor”, me lo dijo un viejo fanático de Millonarios que conocí en Bogotá.

FÚTBOL TERAPIA

En los últimos veinte años Venezuela ha vivido la peor crisis de su historia. La realidad se impone y no voy a describir lo que usted puede mirar, oler, tocar y padecer. Paradójicamente, La Vinotinto ha cosechado sus mejores resultados en esta etapa. Cuarto lugar en la Copa América de 2011, subcampeones del Mundial Sub20 en 2017 y varios procesos mundialistas sin ser últimos y rozando de ratos la clasificación.

En esta etapa de nuestra historia —a riesgo de ser apaleado por los expertos—, el país ha tenido una variable terca, un indicador que apunta a la inversa. El fútbol se convirtió en el unificador de sentimientos. Cuando le ganamos a la Argentina en Puerto La Cruz, o cuando perdimos contra Inglaterra en el mundial. Los ojos *pegaos* del televisor no han sido más que una terapia, un relajante muscular para soltar las tensiones del día a día.

¿POR QUÉ VOY A SEGUIR ESTA COPA?

En estos años, cada vez que juega nuestra selección, me preparo para noventa minutos de sorpresas, de gritos y emociones fuertes, así como cuando comienzo un libro, la ansiedad me carcome por saber que el final será digno de un buen recuerdo. El próximo 14 de junio, Brasil será el anfitrión de un nuevo espectáculo deportivo. Durante un mes, los suramericanos vamos a poner los ojos sobre los estadios que albergaron la Copa Mundial de 2014 y estoy seguro, los habitantes de este lado del mundo van a soñar cada noche con el capitán de su equipo levantando el tro-

feo más antiguo del planeta. Y hablo en plural porque así lo deseo, así lo creo. Será uno de los últimos chances de Messi para Argentina, una oportunidad de oro para Neymar y su “canarinha”, o para el fin del ciclo uruguayo de Godín, Suárez y Cavani, por solo mencionar a los grandotes y siempre favoritos del patio.

Para Colombia, será un experimento del nuevo técnico y el engranaje de una nueva generación que buscará encaminarse a la senda de éxitos que deja Falcao. Perú llegará con un proceso madurado a punto de aguacate, Gareca y los Incas han hecho de todo para entrar en la élite. Luego están Chile, Paraguay y Ecuador. Los últimos campeones buscan recomponer la escena que los hizo exitosos en su casa y en la copa del centenario. Los paraguayos vienen de capa caída, pero su tenacidad siempre los hace peligrosos y los de la mitad del mundo siempre hacen malabares para incomodar y meter “zancadillas”. Futbolísticamente hablando.

Bolivia pareciera ser lo más débil —en el papel—, sin proceso, ni figuras, los del altiplano seguramente querrán callar más de una boca —incluyéndome.

Venezuela, nuestra selección, va rumbo a Brasil con la ilusión del primer día de clases para un niño. Dudamel y sus caballos buscan consolidar el éxito individual en una idea colectiva que haga a La Vinotinto a imagen y semejanza de las estadísticas de Josef, Rondón, Wilker y Yangel. La edad promedio de nuestro equipo es de 25 años. Una ilusión con futuro. Así como el país, la esperanza se posa sobre la fuerza de quien se quiere comer el mundo.

Pero más allá de los datos deportivos, los venezolanos llegamos a esta Copa América con la necesidad imperiosa de cambiar la historia, de dar ese último paso que nos meta definitivamente en el escenario de los campeones. El año 2019 ha sido agotador para los que vivimos en este país, y el torneo de fútbol nos ofrece un respiro con sentido. Sin dejar de lado las penurias, los noventa minutos de cada juego pueden significar la posibilidad de soñar con un país mejor. De mi parte, cuando vea a Ferraresi tocar el balón —por ejemplo—, sin duda me voy a imaginar a los niños del J.M de los Ríos que murieron y en su epitafio dice que soñaban con ser campeones. Quizás, cuando estemos abajo en el marcador me voy a imaginar a los zulianos y su lucha diaria por salir de las tinieblas.

Cada partido será un ejercicio de contemplación, si vamos empatados, y Fariñez hace un paradón, ahí veré a las maestras que resisten en las escuelas con salarios de hambre. Y cuando vayamos ganando, bueno... tendríamos que ser lo suficientemente maduros para saber que el adversario sigue vivo y puede resucitar.

Yo voy a ver a La Vinotinto porque es lo más parecido que tenemos a lo común, en la fragmentación de país hay un color y una aspiración que nos hace iguales. No se trata de desconectarse de la realidad, se trata de vivir. El país también se parece a un estadio, aunque el árbitro esté a favor de un equipo y la cancha luzca empinada. Cada gol será un desahogo, cada mentada de madre una carga menos. Cada palmada un ¡vamos carajo, que sí se puede!

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.